

**Palabras de la Dra. Ana Corina Fernández Alatorre en la
Ceremonia de entrega del Reconocimiento al Mérito Universitario 2017
de la Facultad de Filosofía y Letras**

Caminar entre jacarandas en flor y detenerse frente al códice que O 'Gorman nos dejó en la biblioteca, como una invitación al debate sin fin de lo que somos, es sólo la envoltura de un regalo que empieza cuando uno se sumerge en el hervidero de humanidad que es el pasillo principal de esta facultad. Ahí, en ese breve espacio- y no es una metáfora-, la multitud de voces que nos conforman estalla en las paredes disputándose cada centímetro en el afán de convocar, denunciar, anunciar, exigir, seducir, provocar e invitar a inventar otros mundos posibles.

Me detengo un instante en la puerta de la antigua sala de maestros y me llegan en cascada los recuerdos de aquellos que en su no estar ya, siguen estando: maestros, amigos entrañables que, si bien se nos han adelantado, de algún modo se quedaron ahí asesorando una tesis, discutiendo una hipótesis o hilvanando un sueño. Y para no enfrascarme en nuevos debates con compañeros ausentes, acelero el paso hacia el segundo piso porque, por enésima vez, no pude bajar la bendita actualización de Java para firmar las actas. Mi computadora, al igual que yo, no está siempre para tantas novedades juntas. Se bien lo que me espera en la sala de actas: la vergüenza de hacer siempre las mismas preguntas y obtener por respuesta la infinita paciencia, la deferencia y el cuidado de quienes ahí nos atienden y nos orientan. Todavía no me explico cómo pueden responder con la misma dulzura a todos los maestros que hacemos la misma pregunta 87 veces por día. Asumo el

misterio y de camino al salón paso por entre las risas, los saludos y uno que otro abrazo que se desprende de los corrillos de muchachos y muchachas que insisten en venir aquí, aunque no vayan a aprender cómo hacerse millonarios, ni se les prepare para ocupar altísimos cargos gerenciales que nutran la red de impunidades del aparato gubernamental. Claro está que no vendría mal que alguna vez un egresado nuestro, especialista en filosofía moral tomara decisiones en Hacienda o que un historiador apasionado por el verdadero republicanismo, dirigiera el INE o, déjenme soñar, que un pedagogo dirigiera la SEP. Nuestros estudiantes tienen claro que eso es poco probable y aun así están acá porque por extraño que parezca, parecen haber hecho una apuesta por la razón y la belleza, por la palabra y la verdad, aún a pesar de la certeza de que, al salir de aquí, no estará esperándolos un empleo digno y estable como geógrafos, bibliotecólogos, historiadores, licenciados en letras, actores, actrices, pedagogos, latinoamericanistas que, lejos de mirar al sur para sumarse a su despojo, buscan entenderlo para entendernos y sentirnos menos solos. No. Aquí no les vamos a enseñar cómo hacer rapidito el mejor negocio de sus vidas a costa del dolor o del miedo de los otros y aun así, llegan día tras día y lo sé de buena fuente, jugándose la vida en trayectos de más de tres horas en combis y metros atestados de calor y riesgos cotidianos. Y ahí están, aún con los raspones cognitivos que les ha dejado el desastre educativo de más de 20 años. Se las ven negras para comprender los textos y hacerse de otros lenguajes u otras herramientas conceptuales, pero más negras se las ven para redactar textos coherentes, fundamentados, honestos y aquí siguen llegando, con sus duras historias bajo el brazo y aunque no haya sillas suficientes, se suman al empeño de pensar este país y con él, pensarse a sí mismos, delineando las grietas

que permitan escapar al horror que hoy nos abrumba y poder pronunciar de otro modo el futuro. El tiempo en el aula, se pasa volando y queda siempre interrumpido el intento de alguna respuesta colectiva que parecía empezar a tomar forma. Salgo renovada y de algún modo preocupada, pensando en que lo que acá les enseñamos es más contracultural y que, si tienen suerte, les tocará navegar con viento en contra de la simulación y la vacuidad. Ya para colmo de mi alegría, todavía algunos necios, después de clase, insisten en perseguir por el pasillo respuestas a sus preguntas favoritas: ¿Por qué?, ¿qué podemos hacer? Y como afortunadamente, no tengo las respuestas, quedamos ensartados en la promesa de la complicidad bajo la consigna de “Mira, no sé, busquemos por aquí o por allá, el que encuentre algo se lo manda a los demás y lo hablamos la siguiente clase”. Y a veces, el milagro sucede, y ahí estamos, en el “entre nos”, pensando juntos, aprendiendo unos de otros. Y es así como ellos y ellas nos ofrecen contrapuntos y nos llevan de la mano, llenando de sentido estos días terribles.

Cómo no agradecer que exista, a pesar de todo, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que, en su breve espacio da cobijo y aliento a las ganas y los sueños de tantas y tantas vidas nuevas. Cómo no agradecer que, además, se me permita el privilegio de ser parte de este empeño por dibujar la esperanza de un nosotros.

Salgo de aquí, arropada en risas y asombros, con el alma lavada, aún a sabiendas de que, si bien resistimos, seguiremos, por un buen rato, habitando este tiempo de canallas.

Ana Corina Fernández Alatorre